

**LA  
EUCARISTÍA,  
Audiencias  
generales**

**Por:  
San Juan Pablo II**

## **LA EUCARISTÍA, PRESENCIA REAL DE CRISTO**

1. Según las orientaciones delineadas en la «Tertio millennio adveniente», este año jubilar, celebración solemne de la Encarnación, tiene que ser un año intensamente eucarístico». Por este motivo, después de haber detenido la mirada en la gloria de la Trinidad, que resplandece en el camino del hombre, comenzamos una catequesis sobre esa celebración grande y al mismo tiempo humilde de la gloria divina: la Eucaristía.

### **Grandeza y pequeñez de la Eucaristía**

Grande, pues es la expresión principal de la presencia de Cristo entre nosotros «todos los días hasta el fin del mundo»; humilde, pues se entrega con los signos sencillos y cotidianos del pan y del vino, la comida y la bebida ordinarias en la tierra de Jesús y en muchas otras regiones. En ese carácter cotidiano de los alimentos, la Eucaristía introduce no sólo la promesa, sino también la «prenda» de la gloria futura. Para comprender la grandeza del misterio eucarístico, hoy queremos considerar el tema de la gloria divina y de la acción de Dios en el mundo, ya sea que se manifieste en los grandes acontecimientos de salvación, ya sea que se esconda bajo los humildes signos que sólo puede percibir el ojo de la fe.

### **La gloria divina en el Antiguo Testamento**

2. En el Antiguo Testamento, con la palabra hebrea «kabôd» se indica la manifestación de la gloria divina y de la presencia de Dios en la historia y en la creación. La gloria del Señor refulge en la cumbre del Sinaí, lugar de revelación de la Palabra divina. Está presente en la tienda santa y en la liturgia del pueblo de Dios, peregrino en el desierto. Domina en el templo, la morada --como dice el salmista-- «en donde habita tu gloria». Envuelve, como un manto de luz, a todo el pueblo elegido: el mismo Pablo es consciente de que «los israelitas poseen la adopción de hijos, la gloria, las alianzas. . . ».

3. Esta gloria divina, que se manifiesta de manera especial en Israel, está presente en todo el universo, como lo escuchó proclamar el profeta Isaías a los serafines en el momento de su vocación: «¡Santo, santo, es el Señor de los ejércitos! La tierra está llena de su gloria». Es más, el Señor revela a todos los pueblos su gloria, como se lee en el Salterio: «Todos los pueblos contemplan su gloria». La luz de la gloria, por tanto, es universal, de modo que toda la humanidad puede descubrir la presencia divina en el cosmos.

### **La plenitud de la gloria: Cristo**

En Cristo, sobre todo, se cumple esta manifestación, pues él es el «resplandor de la gloria» divina. Y lo es también a través de sus obras, como testimonia el

evangelista Juan ante el signo de Caná: Cristo «manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él». Él irradia también la gloria divina a través de su palabra, que es Palabra divina: «Yo les he dado tu Palabra», dice Jesús al Padre; «yo les he dado la gloria que tú me diste». Cristo manifiesta la gloria divina más radicalmente a través de su humanidad, asumida en la encarnación: «Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad».

## **Presencia de Cristo**

4. La revelación terrena de la gloria divina alcanza su cumbre en la Pascua que, especialmente en los escritos de san Juan y de san Pablo es descrita como una glorificación de Cristo a la derecha del Padre. Ahora, el misterio pascual, expresión de la «perfecta glorificación de Dios», se perpetua en el sacrificio eucarístico, memorial de la muerte y resurrección confiado por Cristo a la Iglesia, su amada esposa. Con el mandamiento «Haced esto en conmemoración mía», Jesús asegura la presencia de la gloria pascual a través de todas las celebraciones eucarísticas que salpicarán el fluir de la historia humana. «A través de la santa Eucaristía el acontecimiento de la Pascua de Cristo se expande a toda la Iglesia . . . Con la comunión en el cuerpo y en la sangre de Cristo, los fieles crecen en la misteriosa divinización que, gracias al Espíritu Santo, les hace habitar en el Hijo como hijos del Padre».

## **La respuesta del hombre**

5. No cabe duda de que la celebración más elevada de la gloria divina tiene lugar hoy en la liturgia. «Dado que la muerte de Cristo en la cruz y la resurrección constituyen el contenido de la vida cotidiana de la Iglesia y la prenda de su Pascua eterna, la liturgia tiene como primera tarea volvernos a llevar por el camino pascual abierto por Cristo, en el que se acepta morir para entrar en la vida». Esta tarea se ejerce sobre todo por medio de la celebración de la Eucaristía, que hace presente la Pascua de Cristo y comunica su dinamismo a los fieles. Así, el culto cristiano se convierte en la expresión más viva del encuentro entre la gloria divina y la glorificación que sale de los labios y del corazón del hombre. A la «gloria del Señor que llena la morada» del templo con su presencia luminosa le tiene que corresponder nuestra «glorificación del señor con espíritu generoso».

## **La existencia del hombre: glorificación de Dios**

6. Como nos recuerda san Pablo, tenemos que glorificar también a Dios en nuestro cuerpo, es decir, con toda la existencia, pues nuestro cuerpo es templo del Espíritu que está en nosotros. Desde esta perspectiva, se puede hablar también de una celebración cósmica de la gloria divina. El mundo creado, «tan a me-

nudo desfigurado por el egoísmo y la avidez», tiene en sí «la potencialidad eucarística»: «está destinado a ser asumido en la Eucaristía del Señor, en su Pascua presente en el sacrificio del altar». A ese aleteo de la gloria del Señor, que está «por encima de los cielos» y se irradia en el universo, le corresponde, como contrapunto de armonía, la alabanza de toda la creación de modo que «Dios sea glorificado en todo por Jesucristo, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén».

### **LA EUCARISTÍA, AYER COMO HOY, CRISTO ENTRE NOSOTROS**

1. Entre los múltiples aspectos de la Eucaristía, destaca el de ser «memorial», algo que está íntimamente ligado a un tema bíblico de máxima importancia. Leeremos, por ejemplo, en el libro del Éxodo: «Dios se acordó de su alianza con Abraham, Isaac y Jacob». En el Deuteronomio, se dice: «acuérdate del Señor tu Dios». «Acuérdate bien de lo que hizo el Señor tu Dios. . . ». En la Biblia, el recuerdo de Dios y el recuerdo del hombre se entrecruzan y constituyen un componente fundamental de la vida del pueblo de Dios. No se trata, sin embargo, de pura conmemoración de un pasado ya extinguido, sino más bien de un «zikkarôn», es decir, de un «memorial». «En el sentido empleado por la Sagrada Escritura, el memorial no es solamente el recuerdo de los acontecimientos del pasado, sino más bien la proclamación de las maravillas que Dios ha realizado en favor de los hombres. En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales». El memorial recuerda una relación de alianza que nunca desfallece: «El Señor se acuerda de nosotros y nos bendice».

#### **El recuerdo de las obras de Dios**

La fe bíblica implica, por tanto, el recuerdo eficaz de las obras maravillosas de salvación. Éstas son profesadas en el «Gran Hallel», el Salmo 136, que --después de haber proclamado la creación y la salvación ofrecida a Israel en el Éxodo-- concluye: «En nuestra humillación se acordó de nosotros, porque es eterno su amor; y nos libró . . . . Él da el pan a todo viviente, porque es eterno su amor». Palabras semejantes encontraremos en el Evangelio en los labios de María y de Zacarías: «Acogió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia . . . . Se ha acordado de su santa alianza».

#### **La intersección de dos recuerdos**

2. En el Antiguo Testamento, el «memorial» por excelencia de las obras de Dios en la historia era la liturgia pascual del Éxodo: cada vez que el pueblo de Israel celebraba la Pascua, Dios le ofrecía de manera eficaz el don de la libertad y de la salvación. En el rito pascual, se entrecruzaban por tanto los dos recuerdos: el divino y el humano, es decir, la gracia salvífica y la fe agradecida: «Este será un día

memorable para vosotros, y lo celebraréis como fiesta en honor del Señor . . . .Y ésto te servirá como señal en tu mano, y como recordatorio ante tus ojos, para que la ley del Señor esté en tu boca; porque con mano fuerte te sacó el Señor de Egipto». En virtud de este acontecimiento, como afirmaba un filósofo judío, Israel será siempre «una comunidad basada en el recuerdo».

## **«Haced esto en conmemoración mía. . . »**

3. Esta intersección entre el recuerdo de Dios y el del hombre se encuentra también en el centro de la Eucaristía, que es el «memorial» por excelencia de la Pascua cristiana. La «anámnesis», es decir, el acto de recordar, constituye de hecho el corazón de la celebración: el sacrificio de Cristo, acontecimiento único, realizado «*efhapax*», es decir, «una vez para siempre», difunde su presencia salvífica en el tiempo y en el espacio de la historia humana. Esto queda expresado en el imperativo final que Lucas y Pablo refieren en la narración de la Última Cena: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío . . . . Este cáliz es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío». El pasado del «cuerpo entregado por vosotros» sobre la cruz se presenta vivo en el hoy y, como declara Pablo, se abre al futuro de la redención final: «Cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga». La Eucaristía es, por tanto, memorial de la muerte de Cristo; ahora bien, también es presencia de su sacrificio y anticipación de su venida gloriosa. Es el sacramento de la continua cercanía salvadora del Señor, resucitado en el historia. Se comprende así la exhortación de Pablo a Timoteo: «Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, descendiente de David». Este recuerdo vive y actúa de manera especial en la Eucaristía.

## **La clave de comprensión: el Espíritu**

4. El evangelista Juan nos explica el sentido profundo del «recuerdo» de las palabras y de los acontecimientos de Cristo. Frente al gesto de Jesús, que purifica el templo de los mercaderes y anuncia que será destruido y vuelto a construir en tres días, anuncia: «Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús». Esta memoria que genera y alimenta la fe es obra del Espíritu Santo «que el Padre enviará en el nombre» de Cristo: «Él os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho». Se trata, por tanto, de un recuerdo eficaz: el interior que conduce a la comprensión de la Palabra de Dios y el sacramental que se realiza en la Eucaristía. Son las dos realidades de salvación que Lucas ha unido en la espléndida narración de los discípulos de Emaús, salpicado por la explicación de las Escrituras y por «el partir del pan» .

5. «Recordar» es, por tanto, «volver a traer al corazón» la memoria y el afecto, pero es también celebrar una presencia. «Sólo la Eucaristía, verdadero memorial del misterio pascual de Cristo, es capaz de mantener vivo en nosotros el recuerdo de su amor. De ahí que la Iglesia vigile su celebración, ya que si la divina eficacia de esta vigilancia continua y dulcísima, no la fomentara, si no sintiera la fuerza penetrante de la mirada del Esposo fija sobre Ella, fácilmente la misma Iglesia se haría olvidadiza, insensible, infiel». Este llamamiento a la vigilancia hace que nuestras liturgias estén abiertas a la venida plena del Señor, a la manifestación de la Jerusalén celestial. En la Eucaristía, el cristiano alimenta la esperanza del encuentro definitivo con su Señor.

### **LA EUCARISTÍA, CUMBRE DE LA UNIÓN ENTRE DIOS Y EL HOMBRE**

1. «Por Cristo, con él y en él, a ti Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria». Esta proclamación de alabanza trinitaria sella en toda celebración eucarística la oración del Canon. La Eucaristía, de hecho, es el perfecto «sacrificio de alabanza», la glorificación más elevada que surge de la tierra hacia el cielo, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana en la que [los hijos de Dios] ofrecen [al Padre] la víctima divina y se ofrecen a sí mismos con ella». En el Nuevo Testamento, la Carta a los Hebreos nos enseña que la liturgia cristiana es ofrecida por un «sumo sacerdote santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores, encumbrado por encima de los cielos», que elevó una vez para siempre el único sacrificio «ofreciéndose a sí mismo». «Ofrezcamos sin cesar -- dice la Carta--, por medio de él, a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de los labios que celebran su nombre». Queremos evocar hoy brevemente los dos temas del sacrificio y de la alabanza que se encuentran en la Eucaristía, «sacrificium laudis»..

### **La Eucaristía, sacrificio de Cristo**

2. En la Eucaristía se actualiza, ante todo, el sacrificio de Cristo. Jesús está realmente presente bajo las especies del pan y del vino, como él mismo nos asegura: «Este es mi cuerpo. . . Esta es mi sangre». Pero el Cristo que está presente en la Eucaristía es el Cristo que ya ha sido glorificado, el que en el Vienes Santo se ofreció a sí mismo en la cruz. Algo que subrayó con las palabras que pronunció sobre el cáliz del vino: «ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados». Si se examinan estas palabras a la luz de su contexto bíblico, surgen dos referencias significativas. La primera es la locución «sangre derramada» que, como atestigua el lenguaje bíblico, es sinónimo de muerte violenta. La segunda es la aclaración «por muchos» aludiendo a los destinatarios de la sangre derramada. La alusión nos remonta a un texto fundamental para la relectura cristiana de las Sagradas Escrituras, el cuarto canto de Isaías:

con su sacrificio, «entregándose a sí mismo a la muerte», el Siervo del Señor «cargaba con el pecado de muchos».

3. La misma dimensión de sacrificio y de redención de la Eucaristía se expresa con las palabras de Jesús sobre el pan en la Última Cena, tal y como son referidas por la tradición de Lucas y de Pablo: «Este es mi cuerpo que será entregado por vosotros». También en este caso, se hace referencia a la entrega en sacrificio del Siervo del Señor, según el pasaje ya evocado de Isaías: «Se entregó a sí mismo a la muerte. . . ; llevaba el pecado de muchos e intercedía por los pecadores». La Eucaristía es, por tanto, un sacrificio: sacrificio de la redención y, al mismo tiempo, de la nueva alianza, como creemos y como profesan claramente también las Iglesias de Oriente. «El sacrificio de hoy --afirmó hace siglos la Iglesia griega, en el Sínodo Constantinopolitano contra Sotérico de 1156-1157-- es como el que un día ofreció el unigénito Verbo Divino encarnado, se ofrece hoy como entonces, siendo un sólo y único sacrificio» .

4. La Eucaristía, como sacrificio de la nueva alianza, constituye un desarrollo y cumplimiento de la alianza celebrada en el Sinaí, cuando Moisés derramó la mitad de la sangre de las víctimas del sacrificio sobre el altar, símbolo de Dios, y la otra mitad sobre la asamblea de los hijos de Israel. Esta «sangre de la alianza» unía íntimamente a Dios y al hombre en un lazo de solidaridad. Con la Eucaristía la intimidad se hace total, el abrazo entre Dios y el hombre alcanza su culmen. Es el cumplimiento de la «nueva alianza» que había predicho Jeremías: un pacto en el espíritu y en el corazón que la Carta a los Hebreos destaca precisamente basándose en el oráculo del profeta, uniéndolo al sacrificio único y definitivo de Cristo.

## **Eucaristía, sacrificio de alabanza**

5. Llegados a este punto, podemos ilustrar otra afirmación: la Eucaristía es un sacrificio de alabanza. Esencialmente orientado a la comunión plena entre Dios y el hombre, «el sacrificio eucarístico es la fuente y el culmen de todo el culto de la Iglesia y de toda la vida cristiana. Los fieles participan con mayor plenitud en el sacrificio de acción de gracias, propiciación, de impetración y de alabanza no sólo cuando ofrecen al Padre con todo su corazón, en unión con el sacerdote, la víctima sagrada y, en ella, se ofrecen a sí mismos, sino también cuando reciben la misma víctima en el sacramento». Como dice el término mismo en su etimología griega, la Eucaristía es «agradecimiento»; en ella el Hijo de Dios une a sí la humanidad redimida en un canto de acción de gracias y de alabanza. Recordamos que la palabra hebrea «todah», traducida como «alabanza», significa también «agradecimiento». El sacrificio de alabanza era un sacrificio de acción de gracias. En la Última Cena, para instituir la Eucaristía, Jesús dio gracias a su Padre; este

es el origen del nombre de este sacramento.

### **Unión entre Dios y el hombre**

6. «En el sacrificio eucarístico, toda la creación amada por Dios es presentada al Padre a través de la muerte y resurrección de Cristo». Uniéndose al sacrificio de Cristo, la Iglesia en la Eucaristía da voz a la alabanza de toda la creación. A esto le debe corresponder el compromiso de cada fiel de ofrecer su existencia, su «cuerpo» --como dice Pablo-- «en sacrificio viviente, santo y grato a Dios», en una comunión plena con Cristo. De este modo, una misma vida une Dios con el hombre, Cristo crucificado y resucitado por todos y el discípulo llamado a entregarse totalmente a Él. El poeta francés Paul Claudel eleva un canto a esta comunión íntima de amor, poniendo en boca de Cristo estas palabras:

«Ven conmigo, donde yo estoy en ti mismo,  
y te daré la llave de la existencia. Allá donde estoy, allá eternamente  
está el secreto de tu origen. . .

. . . . ¿Acaso no son tus manos las mías?

Y tus pies, ¿no están clavados en la misma cruz?

¡Yo he muerto, yo he resucitado de una vez para siempre!

Nosotros estamos muy cerca el uno del otro

. . . . ¿Cómo es posible separarte de mí  
sin que tú me rompas el corazón?»

### **LA EUCARISTÍA, INTIMIDAD TOTAL CON DIOS**

1. «Nos hemos convertido en Cristo. De hecho, él se ha hecho la cabeza y nosotros los miembros, el hombre total es él y nosotros». Estas atrevidas palabras de san Agustín exaltan la comunión íntima que en el misterio de la Iglesia se crea entre Dios y el hombre, una comunión que, en nuestro camino histórico, encuentra su signo más elevado en la Eucaristía. Los imperativos: «Tomad y comed. . . Bebed. . . » que Jesús dirige a sus discípulos en aquella sala del piso superior de una casa de Jerusalén, la última noche de su vida terrena, están llenos de significado. El valor simbólico universal del banquete ofrecido con el pan y el vino, ya de por sí hacía referencia a la comunión y a la intimidad. Elementos ulteriores más explícitos exaltan la Eucaristía como convite de amistad y de alianza con Dios. Como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica, la misa es, «a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor» .

### **Una misma sangre con Cristo**

2. Así como en el Antiguo Testamento, el Santuario móvil del desierto era llamado «tienda del encuentro», es decir, el encuentro entre Dios y su pueblo, y de los



hermanos de fe entre sí, así también la antigua tradición cristiana ha llamado «sinaxis», es decir «reunión», a la celebración eucarística. En ella, «se revela la naturaleza profunda de la Iglesia, comunidad de los convocados a la sinaxis para celebrar el don de Aquél que es oferente y ofrenda: éstos, al participar en los sagrados misterios, llegan a ser "consanguíneos" de Cristo, anticipando la experiencia de la divinización en el vínculo, ya inseparable, que une en Cristo divinidad y humanidad». Si queremos profundizar en el sentido genuino de este misterio de comunión entre Dios y los fieles tenemos que volver a las palabras de Jesús en la Última Cena. Se refieren a la categoría bíblica de la «alianza» evocada precisamente a través de la relación que existe entre la sangre de Cristo y la sangre del sacrificio derramada en el Sinaí. «Esta es mi sangre, sangre de la alianza». Moisés había declarado: «Esta es la sangre de la alianza». La alianza, que en el Sinaí unía a Israel con el Señor con un vínculo de sangre, presagiaba la nueva alianza, de la que deriva --utilizando una expresión de los Padres griegos-- una especie de unión consanguínea entre Cristo y el fiel.

## Comunión vital

3. La teología de san Juan y de san Pablo exaltan de manera particular la comunión del creyente con Cristo en la Eucaristía. En el discurso de la sinagoga de Cafarnaúm, Jesús dice explícitamente: «Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre». Todo el texto de ese discurso está orientado a subrayar la comunión vital que se establece, en la fe, entre Cristo, pan de vida, y quien come de él. Aparece, en concreto, el verbo griego típico del cuarto evangelio para indicar la intimidad mística entre Cristo y el discípulo «ménein», «permanecer, morar»: «El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él».

## La Eucaristía, culmen del encuentro con Cristo

4. La palabra griega para indicar la «comunión», «koinonía», aparece después en la reflexión de la Primera Carta a los Corintios, donde Pablo habla de los banquetes con sacrificios de la idolatría, calificándolos como «mesa de los demonios», y expresa un principio válido para todos los sacrificios: «Los que comen de las víctimas ¿no están acaso en comunión con el altar?». El apóstol aplica de manera positiva y luminosa este principio a la Eucaristía: «El cáliz de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión («koinonía») con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión («koinonía») con el cuerpo de Cristo? . . . Todos participamos de un solo pan». «La participación en la Eucaristía sacramento de la Nueva Alianza, es el culmen de la asimilación a Cristo, fuente de "vida eterna", principio y fuerza del don total de sí mismo».

### **Transformación en Cristo**

5. Esta comunión con Cristo genera, por tanto, una íntima transformación del fiel. San Cirilo de Alejandría delinea de manera eficaz este acontecimiento mostrando su resonancia en la existencia y en la historia: «Cristo nos forma según su imagen de manera que los rasgos de su naturaleza divina resplandezcan en nosotros, a través de la santificación, de la justicia y de una vida recta y conforme con las virtudes. La belleza de esta imagen resplandece en nosotros que somos en Cristo, cuando demostramos que somos hombres rectos con las obras.

### **La santidad: intimidad divina**

«Al participar en el sacrificio de la Cruz, el cristiano comulga con el amor de donación de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida. En la existencia moral se revela y se pone en acto también el efectivo servicio del cristiano». Este servicio real tiene su raíz en el bautismo y su florecimiento en la comunión eucarística. El camino de la santidad, del amor, de la verdad es, por tanto, la revelación al mundo de nuestra intimidad divina, vivida en el banquete de la Eucaristía». Dejemos que nuestro deseo de vida divina ofrecida en Cristo se exprese con el acento ardiente de un gran teólogo de la Iglesia armenia, Gregorio de Narek (siglo X): «No tengo nostalgia de sus dones, sino del que los dona. No aspiro a la gloria, lo que quiero es abrazar al Glorificado. . . No busco el descanso, sino que pido con súplicas el rostro de quien da el descanso. No languidezco por el banquete de bodas, sino por el deseo del Esposo».

### **LA EUCARISTÍA ABRE EL FUTURO A DIOS**

1. «En la liturgia terrena participamos, pregustándola, en la celeste». Estas palabras tan límpidas y esenciales del Concilio Vaticano II nos presentan una dimensión fundamental de la Eucaristía: su ser "futuræ gloriæ pignus", prenda de la gloria futura, según una bella expresión de la tradición cristiana. «Este sacramento -- observa Santo Tomás de Aquino-- no nos introduce enseguida en la gloria pero nos da la fuerza para llegar a la gloria y por esto se llama "viático"». La comunión con Cristo que ahora vivimos mientras somos peregrinos y viandantes en los caminos de la historia anticipa el encuentro supremo del día en que «nosotros seremos semejantes a él, porque lo veremos como él es». Elías, que está en camino en el desierto se derrumba sin fuerzas bajo un enebro y es revigorizado por un pan misterioso hasta alcanzar el encuentro con Dios, es un tradicional símbolo del itinerario de los fieles, que en el pan eucarístico encuentran la fuerza para caminar hacia la meta luminosa de la ciudad santa.

2. Es este también el sentido profundo del maná dado por Dios en las estepas

del Sinaí, «alimento de los ángeles», capaz de procurar toda delicia y satisfacer todo gusto, manifestación de la dulzura (de Dios) hacia sus hijos. Será Cristo mismo quien ilumine este significado espiritual de la vivencia del Exodo. Es él quien nos hace gustar en la Eucaristía el doble sabor del alimento del peregrino y alimento de la plenitud mesiánica en la eternidad. Para usar una expresión dedicada a la liturgia sabática judía, la Eucaristía es un «saboreo de eternidad en el tiempo». Como Cristo ha vivido en la carne permaneciendo en la gloria de Hijo de Dios, así la Eucaristía es presencia divina y trascendente, comunión con lo eterno, signo de la «compenetración entre ciudad terrena y ciudad celeste». La Eucaristía, memorial de la Pascua de Cristo, es por su naturaleza aportadora de lo eterno y de lo infinito en la historia humana.

3. Este aspecto que abre la Eucaristía al futuro de Dios, aún dejándola anclada en la realidad presente, es ilustrado por las palabras que Jesús pronuncia sobre el cáliz del vino en la última cena. Marcos y Mateo evocan en aquellas mismas palabras la alianza en la sangre de los sacrificios del Sinaí. Lucas y Pablo, en cambio, revelan el cumplimiento de la "nueva alianza" anunciada por el profeta Jeremías: «He aquí que vendrán días --dice el Señor-- en los que con la Casa de Israel y de Judá yo haré una nueva alianza, no como la alianza hecha con vuestros padres». Jesús, en efecto, declara: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre». «Nuevo» en el lenguaje bíblico, indica normalmente progreso, perfección definitiva. Son todavía Lucas y Pablo quienes subrayan que la Eucaristía es anticipación del horizonte de luz gloriosa propia del reino de Dios. Antes de la Última Cena, Jesús declara: «He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros, antes de mi pasión; porque os digo: no la comeré más hasta que se cumpla en el reino de Dios. Tomando un cáliz, dió gracias y dijo: Tomadlo y distribuidlo entre vosotros, porque os digo: desde este momento no beberé más del fruto de la vid hasta que no venga el reino de Dios». También Pablo recuerda explícitamente que la cena eucarística se proyecta hacia la última venida del Señor: «Cada vez que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga».

4. El cuarto evangelista, Juan, exalta esta tensión de la Eucaristía hacia la plenitud del reino de Dios en el discurso sobre el «pan de vida», que Jesús tiene en la sinagoga de Cafarnaúm. El símbolo por el tomado como punto de referencia bíblica es, como ya se sugería, el del maná ofrecido por Dios a Israel peregrino en el desierto. A propósito de la Eucaristía, Jesús afirma solemnemente: «Si uno come de este pan vivirá eternamente . . . . Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. . . . Este es el pan bajado del cielo, no como el que comieron vuestros padres y murieron. Quien come de este pan

vivirá para siempre». La «vida eterna», en el lenguaje del cuarto evangelio, es la misma vida divina que traspasa las fronteras del tiempo. La Eucaristía, siendo comunión con Cristo, es por tanto participación en la vida de Dios que es eterna y vence a la muerte. Por esto Jesús declara: «La voluntad de aquél que me ha mandado es que yo no pierda nada de cuanto me ha dado, sino que lo resucite en el último día. Porque esta es la voluntad de mi Padre: que cualquiera que vea al Hijo y crea en él tenga la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día».

5. A esta luz --como decía sugestivamente un teólogo ruso, Sergej Bulgakov-- «la liturgia es el cielo sobre la tierra». Por esto en la Carta Apostólica *Dies Domini*, retomando las palabras de Pablo VI, he exhortado a los cristianos a no descuidar «este encuentro, este banquete que Cristo nos prepara en su amor. ¡Que la participación en él sea al mismo tiempo dignísima y alegre! Es el Cristo, crucificado y glorificado, quien pasa en medio de sus discípulos, para arrastrarlos juntos en la renovación de su resurrección. Es el culmen, aquí abajo, de la alianza de amor entre Dios y su pueblo: signo y fuente de alegría cristiana, etapa de la fiesta eterna».